

Durante la residencia de esta viuda en Ars, había hablado de un sobrino suyo, enfermo hacía ya diez años de una erupción cutánea tan repugnante, que excitaba la compasión de cuantos le veían, sin que nadie se aproximase á él por la fetidez de sus llagas. «Tal vez, decía, haya muerto ya, ó le hayan abandonado todos. Si curase, sería uno de los mayores milagros que Dios ha hecho en el mundo.» Alentada por la bondad del señor Párroco, le recomendó á sus oraciones, haciéndole una ligera pintura de su tristísima situación. «Sí, hija mía, dijo el Beato Vianney; rogaré por él á Dios. Le entregaréis de mi parte esta medalla de Santa Filomena, aconsejándole que haga una Novena á esta mi querida Santa.» Se despidió llena de satisfacción y santo gozo, y la primera visita que hizo al llegar á Puy fué para su sobrino, á quien dijo: «Yo estoy curada, mas no debo la gracia de mi curación á los médicos del hospital de Lyon, sino al señor Párroco de Ars. Toma esta medalla, que me ha dado para ti, haz una Novena á Santa Filomena, y ten mucha confianza. El santo Párroco que me ha curado, ha dicho que orará por ti.» El enfermo comenzó su Novena con fervor, y sintió luego algún alivio. Tres meses después se entregaba á sus ocupaciones ordinarias, completamente curado.

En Febrero de 1857 llegó á Ars una mujer del pueblo, llevando en brazos á su hijo de ocho años, que no andaba aún. Por espacio de veinticuatro horas la pobre mujer siguió todos los pasos del santo Párroco, esperándole á pie firme en la salida y entrada del confesonario. Tan pronto como aparecía, iba al encuentro, mostrándole su hijo con un ademán tan humilde y una mirada tan enérgicamente expre-

siva, que conmovía hasta el fondo del alma. Era un cuadro verdaderamente digno de lástima, y no tuvimos la tentación de obrar como los Apóstoles, que se indignaban porque la Cananea invocaba á Jesús, y deseaban que la despidiese.

El venerable Vianney había bendecido repetidas veces á ese niño, y dirigido á su madre algunas palabras de consuelo y esperanza. Después que se recogieron en la posada elegida para pasar la noche, dijo el niño á su madre: «Tenéis que comprarme unos zapatos, madre mía, porque el señor Párroco me ha prometido que andaré mañana.» Sea que el santo Párroco hubiese hecho esa promesa al desgraciado niño, ó que éste lo infriere, por su natural confianza, de las palabras y miradas que el señor Párroco le dirigía; sea lo que quiera, los zapatos se compraron, siguiendo el consejo de los vecinos de la casa donde estaban hospedados los dos desgraciados.

¡Cosa admirable! Al día siguiente, y con asombro general, el infortunado niño, que á la vista de todos y con tanto trabajo llevaba su pobre madre sobre los brazos, fué curado súbitamente, y corría por la iglesia lleno de gozo, diciendo á todos: *¡Estoy curado!... ¡Estoy curado!* La pobre madre ocultaba su alegría, su turbación y sus lágrimas en un rincón de la capilla.

Nosotros mismos hemos visto á esta mujer, la hemos interrogado sobre el particular, y quisimos presentarla al santo Párroco en el momento en que se preparaba para celebrar, porque esa infeliz tenía necesidad de verle, hablarle y arrojarse á sus pies...; su reconocimiento la ahogaba. Vianney acogió nuestra súplica con un silencio frío y casi severo, que no nos permitió insistir. Después de la Misa hicimos ten-

tativa más feliz. «Señor Párroco, le dijimos: esta »mujer es suplica le ayudéis á dar gracias á Santa »Filomena.» Nos miró, y bendijo en silencio á la madre y al hijo. Luego, con tono de sincero descontento, dijo: *Santa Filomena hubiera hecho bien en curar á este desgraciado en su casa...*

En el mes de Diciembre de 1857 llegó á Ars una religiosa de la Santa Infancia, de Valence. Estaba completamente parálitica del brazo derecho, y no podía hacer uso de los dedos, porque los tenía encogidos y ligados, de modo que había que ayudarla en todo, hasta para comer, vestirse y desnudarse. Se resolvió, por fin, á hacer una Novena, que terminó el día de los Santos Inocentes. Y ¡cosa admirable! en ese mismo día fué súbitamente curada. Hallábase orando en la capilla de Santa Filomena; cayósele el libro que tenía en su mano izquierda, y como instintivamente quisiese recogerle, tendió su mano derecha, paralizada por tanto tiempo, y se halló completamente sana.

En el verano de 1858 se realizó también una curación instantánea, de que fueron testigos todos los peregrinos y habitantes de Ars. Entre los peregrinos llegó un joven de Puy-de-Dôme, que andaba en muletas con gran trabajo. Presentóse al siervo de Dios, y le dijo: «Padre mío, ¿creéis que podré dejar aquí mis muletas?» El santo Párroco le respondió: «¡Ay, amigo mío, buena necesidad tenéis de esa gracia!» El pobre enfermo no se desalentó. Cuantas veces se le presentaba ocasión, repetía su pregunta al señor Párroco. Por fin, el día de la Asunción, y á la misma hora en que el pueblo y los peregrinos se reunían en la iglesia para el ejercicio de la tarde, aprovechando la

ocasión de que el siervo de Dios pasaba de la sacristía al púlpito, renovó su eterna pregunta: «Padre mío, ¿creéis que puedo dejar aquí mis muletas?—Creo que sí, amigo mío; *si, si tienes fe.*» En el mismo instante quedó curado: comenzó á andar, con asombro de todo el mundo, colocó sus muletas al pie del altar de Santa Filomena, y no ha vuelto á necesitarlas. Por reconocimiento ha profesado después en el Instituto de la Santa Familia de Belley.

El 28 del mismo mes llegó á Ars una parálitica: esta infortunada era de Cette, y no podía moverse: sus articulaciones estaban horriblemente anudadas é hinchadas. Después de haber visto al siervo de Dios, asistió á la Misa en la capilla de la Santísima Virgen; se aproximó á comulgar, arrastrándose penosamente sobre sus muletas, y en el momento en que recibió al Señor, se halló curada. A la vista de este prodigio hubo en la iglesia un movimiento de admiración tan poco contenido, que precisó al santo Párroco á suspender la Comunión para continuarla después de la Misa.

El 9 de Septiembre de 1858, el señor Cura de Cebazat, diócesis de Clermont, escribía al abate Foccanier lo siguiente:

«Mi venerable hermano: Permitidme suplicaros »vuestra ayuda para dar gracias á Dios por haberse »dignado, en su misericordia, curar milagrosamente »á un joven feligrés, mediante la intercesión de Santa Filomena.»

Un mes después se recibió el certificado siguiente:

«Yo el Cura de Cebazat, certifico: Que Carlos »Blazy, de dieciséis años de edad, hijo de Juan y María Verdier, ha estado impedido de sus piernas desde

»Mayo de 1855; que desde esa época hasta los primeros días de Abril del año corriente de 1858 ha estado en cama, sin poder mantenerse en otra posición que la horizontal, sufriendo violentos cólicos, siendo ineficaces cuantos tratamientos se han empleado para su curación, y de ningún resultado los baños de aguas termales que tomó en Royat y en Mont-Doré.

»Que en los primeros días de Abril, después de una Novena hecha á Santa Filomena, en unión del santo Párroco de Ars, ha podido dar algunos pasos con el auxilio de muletas, y llegar con gran fatiga hasta la iglesia, que está próxima á su habitación.

»Que al principio del mes de Agosto, habiendo resuelto ir á Ars en peregrinación para encomendarse á las oraciones del venerable Cura de esa parroquia, hubo necesidad de trasladarle en coche á la estación del ferrocarril de Clermont, porque sus piernas no podían sostenerle.

»Ultimamente, que dicho Carlos Blazy ha venido de Ars perfectamente curado, habiendo dejado sus muletas en la capilla de Santa Filomena, después de la Comunión que ha cerrado los ejercicios de su Novena; que desde la fiesta del 15 de Agosto no ha sentido ningún dolor; que á su regreso ha recorrido á pie y sin fatiga una distancia de dieciocho kilómetros, y que hoy goza de una salud más completa que nunca.

»Tengo gran satisfacción en publicar el carácter evidentemente milagroso de esta curación, en la seguridad de que lo que testifico puede serlo igualmente por todos los habitantes de Cebazat, que han conocido, como yo, el lastimoso estado del mencionado joven.

»Sin otro fin ni más interés que la gloria de Dios, cuya bondad y poder son inmensos é infinitos, doy el presente certificado.

»BAZIN, cura del Cebazat.

He aquí una relación no menos interesante, que debemos al reconocimiento de la misma persona que ha sido objeto del milagro:

»Lapalud 2 Octubre de 1858.

»Mi amado Padre:

»La enfermedad que me aquejaba hacía ya ocho años próximamente, era incurable, según el dictamen de los médicos con quienes consulté, y el de los que trataron mi dolencia. La única esperanza que me daban era el mejorar algún tanto de salud, viéndome con mucho cuidado. Los primeros síntomas se presentaron en Diciembre de 1850, con violentos dolores de estómago y de cabeza, y á tal extremo llegó mi sensibilidad, que la más leve contrariedad ó la menor sorpresa me afectaba hasta el punto de causarme agudísimos dolores. Perdí el uso de las piernas, y me vi asaltado de espasmos y desvanecimientos, que se reproducían de hora en hora. Este estado duró ocho años con varias alternativas, pero sin recobrar la salud completamente. Y si la ciencia pudo á intervalos, y por bien poco tiempo, proporcionarme algún alivio, ha sido impotente para curarme. Ya no me quedaba otro recurso que Dios, ni más remedio que la paciencia y la resignación. Hacía ya algún tiempo que me ocupaba el proyecto de ir á

»postrarme á los pies del señor Párroco de Ars; pero
 »me vi detenido por varias circunstancias. Tal vez lo
 »ha dispuesto Dios así para obligarme á agotar todos
 »los recursos humanos; y reconocida la impotencia de
 »esos medios, precisarme á poner en Él toda mi con-
 »fianza.

»Salí para Ars el 18 del último Agosto: un mes pró-
 »ximamente hacia que había vuelto de los baños de
 »Lamalou, y el ligero alivio que creía haber recibido
 »con el último tratamiento, había desaparecido ya. El
 »día 21 visité al santo Párroco, le manifesté el objeto
 »de mi viaje, y le supliqué encarecidamente el auxi-
 »lio de sus oraciones, á fin de alcanzar la gracia de
 »poder arrodillarme, de leer y de asistir á la santa
 »Misa y al sermón. Me dió una medalla de Santa Fi-
 »lomena, me mandó hacer una Novena en honor de
 »esta Santa, y al separarse de mí, dijo: *Pensaré en ti:*
 »*si tienes fe, curarás.* Estas últimas palabras me re-
 »cordaron las del Salvador: *Todo es posible al que*
 »*cree;* y pedí al buen Jesús que aumentase mi fe.

»El mismo día comencé mi Novena: era un sábado.
 »El viernes siguiente tuve la dicha de ver al señor
 »Párroco, y le pregunté si creía que Santa Filomena
 »me concedería pronto las gracias que le pedía, y me
 »dijo: *Sí, hijo mío, si tienes fe.* Efectivamente: las gra-
 »cias pedidas no se hicieron esperar. Al día siguiente
 »conocí la verdad de la promesa del santo Párroco;
 »pude estar de rodillas el tiempo necesario para re-
 »zar la Novena. El domingo, último día de la Nove-
 »na, tuve la felicidad de asistir á la Misa del santo
 »Párroco: á la elevación pude arrodillarme sin dificultad;
 »me sentí entonces como transportado, y me re-
 »solví á ir solo á la Santa Mesa: llegué, á pesar de la

»multitud que me cercaba y estrechaba por todas
 »partes, y después de la Comunión volví á mi puesto
 »y permaneci arrodillado algunos instantes.

»En el curso de este memorable día he hecho mu-
 »chas cosas, que no me dejan duda alguna sobre la
 »realidad de mi súbita curación. He andado solo va-
 »rias veces; he ido á la iglesia; me he arrodillado so-
 »bre el pavimento, y en esa postura penosa he estado
 »bastante tiempo. Por la mañana he oído la explica-
 »ción del Evangelio, á la una asistí al Catecismo, y
 »por la tarde estuve en el sermón: ocho años hacia
 »ya que no había oído predicar. Desde entonces han
 »desaparecido totalmente los dolores; mis fuerzas,
 »tan rudamente gastadas por ocho años de continuos
 »padecimientos, se han restablecido por completo, y
 »no me han abandonado un solo momento. ¡Gloria á
 »Santa Filomena! ¡Pluguiese á Dios que ésta tan ama-
 »da Santa pusiese el colmo á sus favores, alcanzán-
 »dome la gracia de no usar de la salud que debo á su
 »intercesión, sino para la mayor gloria de Dios!—
 »*Zoe Pardelle.*»

Al lado, y sobre todos los testimonios aducidos,
 cuya serie estamos lejos de terminar, la opinión pú-
 blica, dominándolos con su gran voz, ha proclamado
 que había en Ars un poder sobrehumano, que se ma-
 nifiesta por medio de prodigios. Millares de enfermos,
 desde apartadas regiones, llegan allí con una confian-
 za que no se ha desmentido en treinta años, y que
 Dios se ha dignado recompensar con frecuencia. Ver-
 dad es que no todos los enfermos han recobrado la sa-
 lud que venían á buscar; pero todos han hallado, en
 la medida de su fe, gracias de resignación y de fortaleza,
 una idea más cristiana del dolor, y un conoci-

miento claro de los favores extraordinarios que allí se dispensaban. Nadie que ha ido á Ars, según nuestras noticias, se ha visto totalmente defraudado en sus esperanzas.

Posible es que el mundo no crea esas cosas; mas los cristianos, que saben cuánto vale la humildad ante Dios, las creerán seguramente. No ignoran que un Santo vale por muchos milagros, y juzgan que la curación de un enfermo desahuciado es un milagro mucho menor que el de un hombre muerto á sí mismo, que no se busca jamás en nada; humilde, que no se queja en las humillaciones y que se cree feliz en medio de los mayores sufrimientos.

A los que hallen alguna dificultad en admitir los hechos y pruebas que hemos expuesto, nos contentaremos con recordarles que hubo en Ars, durante medio siglo, un milagro más sorprendente que todos los hechos de que dudan ó niegan: el milagro de la vida de ese hombre tan austero y tan bueno, tan apacible y tan enérgico, tan sencillo y tan ilustrado, tan lleno de candor, de amable alegría y de invencible valor; que sufrió todas las contradicciones y toda clase de dolores sin quejarse, y sin ser una sola vez diferente de lo que solía; que fué humilde en la plenitud de los dones de Dios y en el esplendor y deslumbrante brillo de una popularidad á que no han llegado los héroes contemporáneos tan celebrados en el mundo; que vivió cuarenta años casi sin alimento, sin sueño y sin reposo, en medio de un trabajo abrumador de dieciséis á dieciocho horas diarias, y que terminó su carrera de sufrimientos, de fatiga y de gloria sin haber dejado salir de su boca una palabra de impaciencia, ni abrigar un sentimiento de orgullo... El milagro de

esa vida sobrehumana, ¿no es mayor que todos los milagros obrados en Ars? Creemos que sí.

Ciertamente que, si bien el Santo hacía milagros, no era falta suya, y, sobre todo, no eran en su provecho; ya que, de todas las cruces que Dios le impulsó, ésta fué seguramente la más pesada. Por causa del dón de milagros fué cruelmente ejercitada su paciencia, mortificada su humildad y tiranizado por las exigencias de la multitud. Comprendemos, en verdad, que se haya quejado á Santa Filomena, porque los multiplicaba tanto; que la haya suplicado los hiciese más lejos, con menos notoriedad, y de modo que el mundo no lo advirtiese; que no se ocupase tanto de la salud de los cuerpos como de la curación de las almas, y que él, por fin, haya explicado y resumido esos sentimientos en unas palabras de incomparable y encantadora sencillez: *Santa Filomena hubiera hecho bien en curar á ese desgraciado en su casa.*

